

Martha Herrera Ángel. *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las llanuras de Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia y Academia Colombiana de Historia, 2002. 344 páginas. ISBN 958-8181-01-1.

Diana Bonnett
Universidad de los Andes, Bogotá

En este nuevo libro, Martha Herrera Ángel, conocida en Colombia por su obra *Poder local y ordenamiento territorial en la Nueva Granada – siglo XVIII-*, nos ofrece un exhaustivo estudio comparativo sobre el ordenamiento espacial y el control político en las llanuras del Caribe y, en los denominados por la autora, Andes Centrales Neogranadinos.

El trabajo de Herrera llama la atención al lector por varias cosas. La más destacada, porque ofrece a la historia colonial colombiana un renovador estudio en el que revisa y argumenta la importancia de los pequeños asentamientos rurales en el control y la organización política de las sociedades de Hispanoamérica colonial. También porque logra conjugar la dimensiones geográfica, antropológica, política e histórica al permitir hacer la relación entre espacialidad, cultura, ejercicio del poder y recurrencias y transformaciones temporales. Para Herrera, “*el espacio no sólo se constituye en un escenario imprescindible para la acción humana, sino que su ordenamiento involucra un orden social y unas creencias cosmológicas*” (305).

El desarrollo comparativo de la obra la aleja de los estudios de caso que han sido investigados hasta el momento, permitiendo, como ella afirma, los contrastes entre las llanuras del Caribe y los Andes Centrales. Pero además de los contrastes, analiza una muestra significativa de asentamientos nucleados, que alcanzaban una densidad demográfica de cerca del 50% de la Audiencia de Santafé.

La magnitud del trabajo emprendido pone de relieve la diferencia entre lo que es el estudio del territorio y del ordenamiento espacial, conceptos caracterizados juiciosamente por Herrera. Además de estas nociones, la autora cuestiona la forma dogmática como generalmente se han usado los términos “pueblos de indios”, “sitios”, “parroquia”, “caserío” y otros aparentemente incuestionables en la historiografía colonial colombiana. En este aspecto el texto ofrece una buena motivación a la discusión y a la controversia, ya que los hallazgos de la investigación se pueden contrastar y discutir a partir de otras propuestas.

En lo que respecta al territorio, en una primera parte de la obra se ofrece una descripción del medioambiente geográfico en las dos áreas comparadas, sus formas de poblamiento y su organización político administrativa. El interés central de la autora gira alrededor de articular la información para comprender cómo “*las personas percibieron y se apropiaron de fenómenos geográficos que formaban parte de su cotidianidad*” (41).

En la segunda parte, se refiere propiamente al ordenamiento espacial y a las acciones desplegadas por las autoridades coloniales para obtener el control social y político sobre la población. Sobresale la visión que la autora ofrece sobre los “vecinos” o población no indígena, asentada fuera del poblado: los vecinos se convierten en la periferia respecto a la centralidad que, de acuerdo al ordenamiento espacial colonial, poseían los indígenas. Esta propuesta novedosa en la historiografía colonial -fruto de un análisis riguroso y concienzudo de la temática- es una de las tantas con las que se encuentra el lector, pero igualmente suscita el debate y muy probablemente la reformulación de nuevas aproximaciones a la historia política y social colonial. En este punto su propuesta quiere ofrecer las especificidades del caso neogranadino, despojándolo de atributos propios de otras áreas de colonización española, que algunos historiadores han querido adaptar a estos territorios.

La parte medular del libro hace referencia a las diferencias de control logradas por el Estado español entre los Andes Centrales y las llanuras del Caribe, para llegar a la conclusión de que el Estado colonial ejerció un real control político, social e ideológico sobre la población indígena, mestiza, blanca y africana en las inmediaciones de la provincia de Santafé y la jurisdicción de Tunja; en tanto que en los pueblos, sitios y rochelas de las llanuras del Caribe el control se dificultó. La explicación de esta diferencia se encuentra en los límites para lograr concentrar la gente alrededor de “centros” y la mayor movilidad de la población en el Caribe. Por lo tanto, los modelos de ordenamiento espacial que aparecían más “homogéneos” en los Andes Centrales colombianos, se desdibujan en la región Caribe, reflejando otros criterios y parámetros de ordenamiento y por ende normas sociales y tradiciones religiosas, permitiendo la autonomía y la práctica de costumbres ancestrales.

De acuerdo al diseño del pueblo de indios, la caracterización que hace Herrera involucra una nueva perspectiva en consonancia con lo descrito en el párrafo anterior, ya que plantea la centralidad de los indígenas respecto a los vecinos, quienes habitaron la periferia. De esta manera *“en el mediano y largo plazo la medida llevó a subvertir un elemento básico del ordenamiento espacial colonial, como era el de la centralidad”* (160). A partir de este análisis de la ubicación de la población vecina en el caserío indígena, la autora reformula y discrepa de la corriente que afirma la prohibición expresa respecto a estos asentamientos, explicando, más bien, las consecuencias y el impacto de tales contactos en la organización política y social de los pueblos.

Para las Llanuras del Caribe, la situación distaba mucho del ordenamiento espacial dispuesto por las autoridades coloniales, debido a la ya aludida falta de centralización, el limitado control de los agentes del Estado sobre el desplazamiento y la congregación de la población. Por lo demás, la autora se enfrentó con serias dificultades en la recolección de información archivística sobre esta región, impidiéndole elaborar más concienzudamente diseños sobre su organización espacial, la planta física y la distribución poblacional.

El libro es un necesario punto de referencia en la literatura más relevante sobre el tema, ya que ofrece una amplia y exhaustiva revisión de fuentes primarias y secundarias. La documentación

relacionada permite obtener el suficiente material para hablar con precisión sobre las dos áreas de estudio; amplía la mirada del lector desde las diferentes disciplinas y logra ponernos al día sobre un tema de alto interés académico. El ingrediente geográfico, apoyado por mapas y esquemas espaciales, llena el vacío usual en los textos de historia colonial.